



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

BOLETÍN ONLINE

PDF descargable | www.anhistoria.org.ar

Año 2, Nº 8 (Mayo de 2013)



Temario

Reflejos del Corvo. Historia del Sable del Gral. San Martín

Presentación del libro: "La Tempestad"

Medalla al doctor Edberto Oscar Acevedo por sus cuarenta años de académico

Sesión Pública del 14 de Mayo: Homenaje a la Asamblea del Año XIII

Novedades Editoriales



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Reflejos del Corvo. Historia del Sable del Gral. San Martín

Por el Dr. Gral. Enrique Dick

El sable del General José Francisco de San Martín, arma blanca y atributo inseparable del Libertador en su vida adulta, se lo conoce como "el corvo". Pero más en la profundidad erudita, se lo califica como sable curvo, a la oriental, del tipo mameluco, Talwar hindú, Kilij turco o Shamshir persa, denominación esta última, la apropiada. Por el contrario, se lo menciona



San Martín portando al estilo mameluco.

erróneamente como alfanje o cimitarra, y hasta "sable de abordaje", como manifestara un ciudadano porteño a otro, al ver a San Martín con su sable, encaminándose hacia el fuerte a ofrecer sus servicios apenas desembarcado en 1812.

Poco se ha escrito acerca de sus orígenes y menos se sabe del porqué de su elección. ¿Fue por seguir aquel paradigma de los generales y mariscales de Napoleón que trajeron muchos de ellos tras la campaña de Egipto de 1798 a 1801 y los lucieron en Europa, - Massena, Lannes, Murat y hasta el mismo emperador galo por ejemplo-?, ¿o incluso para pretender el modelo de los oficiales ingleses que también se ufanaban con esas armas?, ¿o quizás poseer un objeto de armas distintivo de otros militares sudamericanos?, ¿o, tal vez, por la altísima eficiencia y filo de esa hoja invulnerable, delgada y muy curva, superior a la hora de dar impulso a una mortífera carga de caballería tocando a degüello con un efecto aterrador sobre las huestes enemigas?

Son interrogantes todos que el lector sabrá interpretar durante ese tránsito de algunos meses, desde que el teniente coronel nacido en Yapeyú, ya

retirado del Ejército Español, deja Cádiz en 1811, pleno su bagaje no sólo de libros sino de una probada experiencia, se aloja en Londres un par de meses, adquiere allí su sable mientras reflexiona, se reúne con compatriotas y llega a plasmar ideales, hasta que pisa Buenos Aires para colocarse al servicio del gobierno patrio.

Es un periplo por una época convulsa de la historia, con sus huellas y enseñanzas.

Es, quizás, la época más feraz para San Martín pues su genio habría de bullir inmerso en los arquetipos americanos, lejos de lo que sobrevendría después de 1812 en el marco de la injusta política y que desembocaría en una lluvia de intereses mezquinos, amarguras, intrigas y el destierro.

Ese sable fue y será siempre testigo de la visión y grandeza del Libertador. Pero como todos los símbolos, es inevitable conocer sus primeros pasos, inclusive sumergiéndose en el pasado del Medio Oriente.

LA HOJA DEL SHAMSHIR

El sable curvo del general San Martín es, sin dilaciones, un Shamshir, palabra que significa "curvado como las uñas de un tigre", y que describe a aquellos sables muy curvos, de hoja parabólica



La punta del corvo.

continua y que se angosta progresivamente hacia la punta, típicos no sólo de Persia, sino de la India de los mughales - palabra en persa que significa mongoles - y del mundo árabe, allá por el siglo XVI. El material base para el buen acero de Damasco, el wootz, procedía del sur de la India, y tardaba muchos meses en llegar a Persia, a lomo de mula, a través del Punjab y Afganistán.

La palabra wootz proviene de ukku, de ukko u hookoo, en los lenguajes de los estados de Karnataka y Andhra Pradesh, y significa acero. Su calidad era fundamental en la elaboración de hojas. Venían en forma de tortas chicas, como cilindros un tanto deformes y, dentro de su heterogeneidad, los mejores eran bastante homogéneos, de colores claros y suaves al tacto, esponjosos y con un brillo ligeramente cristalino.



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Ya en destino, el espadero procede a la forja del wootz. Por medio de pinzas elementales, se coloca la pastilla en un horno abierto de piedra y se lo aviva hasta que alcanza los colores entre cereza y sangre. En algún momento se le practica una perforación central y luego un corte en algún punto del anillo que se forma, para poder abrirlo y estirarlo, dando forma a una suerte de lingote. El ojo del forjador juega un papel inestimable, pues el tono no es ni el de la fruta mencionada ni el del vital líquido, sino una variante que pocos sabían producir. La forja se efectuaba capa por capa, plisando y golpeando con ritmo y fervor, siempre a la misma hora, jamás desviándose de las versadas instrucciones, nunca en horas de la tarde, jamás cuando soplaban el viento fuerte.

Horas y horas, días y más días, martillando, golpeando, laminando y estirando esa noble aleación que sería un arma de combate letal.

Cuando todo sale bien, - a veces sobrevenía el fracaso-, se temple la hoja, procedimiento éste que esconde más laberintos.

En general se utilizaba agua fresca de las napas inferiores, controlando el color del acero, o al aire, el armero cabalgando a gran velocidad, agitando en círculos la hoja sobre su cabeza.

Tras el temple, se pule la hoja y se provoca luego el ataque con ácidos diluidos y soluciones salinas. Aparece así el verdadero Damasco con sus diseños tan sutiles.

En cuanto a las características mecánicas de las hojas de un Shamshir, éstas son excepcionales. Se muestran resistentes, tenaces, elásticas, duras, flexibles, dúctiles y homogéneas. Está asimismo demostrado que la suprema capacidad de corte de estas armas reside en la desigualdad minúscula de la dureza de cada parcela del filo, imperceptibles al tacto y ojo humanos, al extremo de asemejarse a una microscópica sierra.

Una de las pruebas finales a la que se las sometía, era un plegado a noventa grados, sin que apareciera signo alguno de grietas, y con una recuperación elástica a su posición inicial, lo que las hacía sorprendentes a la vista de los legos.

Su hoja muy arqueada tiende a alcanzar la máxima curvatura al cincuenta o sesenta por ciento de su distancia a partir de la empuñadura. Su parte más ancha se encuentra en proximidades de los gavilanes, que son rectos y rematan en botones. A veces, tienen un recazo, otras no. Poseen asimismo una orla dorada o plateada y un escusón de forma romboidal, cuyos extremos hacen la función de guía-vainas. La empuñadura es de hierro con el pomo o monterilla vuelto, con cachas de algún material noble y raro (cuerno de rinoceronte, astas de búfalo, ébano, marfil, roble, hueso de felinos, etc.), y un ojal en el pomo por el que pasa un fiador, también conocido como dragona, aunque es muy poco frecuente. Otro de los tantos arcanos relacionados con la fabricación de sables, es el afilado. Se usa una piedra grande, con forma de disco, de color

azulado y muy lisa, aunque sólo a la vista, pues rozándola, es rugosa. Debe estar firmemente apoyada en el suelo y a una altura cómoda para el afilador. Otro requisito es la buena iluminación del lugar de trabajo para poder localizar los desaceritos. Luego, meses más tarde, es el instante de asentarla. Se ejecuta sobre una tira de cuero duro, y se usa como base, el sebo de aves.

Finalmente, no cabe duda que este tipo de sables son alegoría de Oriente. Dadas sus características de corte progresivo, donde la habilidad y la geometría suplantaban a la potencia en el ataque, fue usado tanto por guerreros de a pie como montados, especialmente en el combate cercano o en recintos estrechos. Su maniobrabilidad era definitiva, en especial frente a las espadas. Así, los sables curvos se mostraron ideales para las cargas de caballería, en oposición a aquellos jinetes que perdían sus espadas al producirse una estocada y quedar incrustadas en el cuerpo del enemigo, con pocas posibilidades de una extracción rápida.

Los corvos permitían cortajear al oponente y continuar rebanando cuerpos, deslizándose sutilmente entre mandoble y mandoble, provocando estragos en huesos, cartílagos y carne. Su compacidad le otorgaba otra ventaja: ejecutar maniobras sin lastimar las orejas de sus cabalgaduras. Cuando estos sables son manejados por manos expertas producen efectos extraordinarios. Debido a la fuerza de la mano que lo empuña lanzado violentamente desde atrás, y ayudado por la velocidad del caballo, hiere o más bien sierra y penetra de tal manera que produce espantosas heridas.



El corvo.

LA ADQUISICIÓN

Londres, año 1811. Los profesionales en la maestría de plasmar y ofrecer sables, repartidos en diversos puntos de la capital británica, se repartían en varias ramas. Forjadores, pulidores y espaderos era quizás el oficio genérico, pero en todo caso había otros artesanos que de uno u otro modo tenían que ver con las armas blancas, su elaboración y comercialización. En primer lugar, estaban quienes forjaban las hojas, herreros de mayor jerarquía según correspondiere. Las láminas procedían en general de Alemania, de la afamada firma Solingen, pues las de proveniencia inglesa eran realmente malas pese a los esfuerzos de los industriales.

Se hallaban también, en menor medida, aquellas hojas traídas de Medio Oriente, en acero Damasco,



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

de calidad indiscutible. Las cantidades no eran despreciables, y los negociantes conservaban de viejas épocas, cimitarras, yataganes y Shamshir, completos, o sus hojas, para la clientela exigente. Una prueba concluyente que demuestra que los Shamshir originales diferían de los homólogos "a la oriental" o "a la mameluco" ensamblados en Londres a partir de las hojas persas, era la presencia de una rodela en la parte inferior de la vaina, en cercanías del batiente de la contera, artillugio agregado al arma pues los europeos literalmente "arrastraban" el sable, a diferencia de los árabes, que lo llevaban bajo el brazo, sin rodela alguna.

En el caso de los espaderos, si bien su actividad era amplia, y abarcaba otros centros y ciudades, el negocio de las armas blancas era casi exclusivo de Londres. Es interesante señalar también que desde tiempos inmemoriales, era habitual que los comerciantes adquiriesen armas de todo tipo, sean blancas o de fuego, pero sin marcas de identificación, para estampar las propias y así considerarse armeros, aunque en realidad eran sólo triviales distribuidores. Por eso, el personaje conocido como fabricante de sables era a veces un simple ensamblador de piezas y partes, que adquiría a otros proveedores o artifices. Lo único que solía elaborar era la vaina, y usaban el sable ya listo como mandril.

Hallamos también en el contexto de Londres a quienes confeccionaban las empuñaduras de esas armas y todo aquello para dar luz a las guarniciones con exquisitos torzales de hilos de plata, secreto de manufactura guardado celosamente. El platero compraba hojas y componía con sutileza las empuñaduras, pomos, cachas y los ornatos. Como curiosidad, existían otras corporaciones muy relacionadas a las espadas y sables. Una de ellas eran los sombrereros. Por alguna sibilina razón, el personaje del siglo XVIII reverenciaba tanto a su arma blanca como a su sombrero. Ambos eran sus permanentes compañeros, fieles en todo quehacer y empeños. Un caballero podía quitarse su camisa cuando se ejercitaba en esgrima, o su capa para dar abrigo a una dama, pero su sombrero, se lo sacaba únicamente cuando saludaba con la debida cortesía a su oponente. En estas circunstancias, es muy probable que el caballero se procurase sables en su sombrerería.

Más extraño aún, estaba el abacero, quien vendía artículos suntuarios, tales como cajitas de rapé, artículos de tocador, cuchillería fina, navajas, cepillos y peines, entre otros adminículos. En sus estantes, tenía también sables y espadas cuyas empuñaduras, muchas veces estaban terminadas en similar.

Muy tradicionales en Londres eran los pasamaneros o galoneadores, relacionados con las actividades del monopolio del oro y de la plata. Estos artesanos labraban finísimos cordeles, trencillas y galones de esos metales para cinturones, dragonas y tiros de sable, y es lógico imaginar que vendían

también conjuntos completos, el sable incluido. Finalmente, entre tanta variedad a disposición en la populosa capital, estaban los creadores de atavíos, los sastres militares y los camiseros.

Ante la ausencia de documentos probatorios, realizamos una estimación de algunos establecimientos, con una probabilidad alta frente a otros, donde podría haber sucedido la compra del corvo. Para ello recurrimos a un mapa de Londres de la época, y ubicamos en primer lugar el hotel Sablonnière, en Leicester Square, donde estuvo alojado San Martín, y después la mansión en Grafton Street, cuyo dueño era el caraqueño Francisco de Miranda, casa donde se reunían los americanos, bajo la batuta de los diputados venezolanos López Méndez y Andrés Bello.

La búsqueda y estimación de todos los comercios del ramo, contenidos en el libro del capitán Bosanquet, tras un análisis de fechas de inicio y cierre de actividades comerciales, de objetos en venta y tipos y características y de su posición más cercana al mencionado hotel, apunta a que la probabilidad



Empuñadura.

de ocurrencia puede concentrarse en las siguientes siete casas del ramo: Samuel BRUNN, Thomas GRAY, Richard JOHNSTON, John PROSSER, George REDDELL, J. SYDENHAN y Richard TEED.



Boquilla.

Una investigación más estrecha permitiría acotar a un número menor de comercios, lo que implicaría acudir a repositorios ingleses y continuar con el



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina



Abrazadera y anillo.

relevamiento más adecuado.

Y a principios de 1812, San Martín llegó a Buenos Aires con su sable, sus libros y su experiencia, después de cincuenta días de navegación en la fragata George Canning.

ESTUDIOS TÉCNICOS

Después de la segunda acción delictiva que desembocó en el robo con violencia del glorioso sable, se decidió, a niveles gubernamentales, efectuar un cuidadoso estudio de autenticidad, a la par de un relevamiento completo del arma. En los tramos de la investigación, tomaron parte el Gabinete Scopométrico de la Policía Federal Argentina, cuyo laboratorio, equipado con instrumentos ópticos y lumínicos, permitió llevar a cabo los estudios físicos. En la Dirección de Investigaciones Forestales de la Secretaría de Agronomía y Ganadería, se estudiaron las partes de madera, en el Laboratorio de Ensayos de Materiales del Ministerio de Obras Públicas el cuero y, finalmente, en la Comisión Nacional de Energía Atómica, se procedieron a las observaciones metalográficas y radiográficas. Es importante destacar que todos los procedimientos fueron no destructivos.

El resultado, tras meses de labor, se materializó en un voluminoso informe, cuyo resumen acusa lo siguiente: múltiples hendiduras, golpes, rayaduras, desprendimientos, astillamientos, fisuras, saltaduras de laminado, aplastamientos, roturas y quebraduras, etc. lo que a todas luces demuestra que el arma era y fue usada. La madera del mango fue identificada como de ébano de las Indias Orienta-

les, material muy común entre los espaderos y ensambladores ingleses y la vaina, de haya europea.

Lamentablemente el cuero no pudo ser identificado y en cuanto a los metales del sable, se determinó que la hoja era de acero pulimentado, en procedimiento Damasco no uniforme, no hay soldaduras ni alteraciones, y la cruz es de fundición, sin marcas. Además, la hoja presenta una fisura en forma de Z en uno de sus flancos y aparece un trébol o roseta en una sola cara de la cruz, figura que no ha sido identificada a la fecha. Las estimaciones de los expertos certifican que la hoja dataría de entre los siglos XVI y XVIII.

Por último, los exámenes demuestran que la dragona está conformada por hilos de oro, pero no se menciona el resto, que podrían ser de hilos de algodón y un material desconocido para el relleno interior de la bellota.

COLOFONES

Esta historia es la de un sable honroso. A este sable lo envuelve, en su manto de gloria, la vida del General Don José Francisco de San Martín y Matorras, quien lo imaginó así, lo eligió en su debido momento y lo portó y utilizó con hidalguía durante toda su carrera militar, ya en el Plata y luego mientras perpetuaba su empresa magistral, hasta que se vio forzado al exilio.

En este caso, como muchos, la historia deja abiertas sus puertas a muchas incógnitas las que, para satisfacerlas, obligan al investigador a ahondar en las búsquedas:

¿Dónde lo compró exactamente y cuanto habrá costado?; ¿por qué habrá elegido ese tipo de sable?; ¿por qué lo dejó al partir a Europa?; ¿había otro sable?; ¿cuál es el significado del trébol o roseta?

Sin embargo, todo no está dicho. Pero lo trascendente es que ese sable corvo, del que su genuino poseedor diría alguna vez "No, el general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas, y sólo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sud América", encarna lo formidable que representó la proeza de la emancipación americana.



El corvo custodiado por los Granaderos.



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Presentación del libro: "La Tempestad"

Por el Académico de Número C.N. Dr. Guillermo Oyarzábal

Este libro, tal como indica su título, reconstruye el naufragio de la cazatorpedera Rosales, ocurrido en julio de 1892, y el proceso que se siguió a los sobrevivientes.

Esta catástrofe dio lugar a una película -realizada en 1984, bajo el título La Rosales- teóricamente basada en dos artículos de Osvaldo Bayer que fueron publicados en los números 2 y 3 de Todo es Historia. Sin embargo, Bayer negó su participación en esa película, generando un debate muy interesante que fue incluido en este libro.

El naufragio de la cazatorpedera se produjo cuando viajaba rumbo a España para participar de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América conjuntamente otros dos buques, el 25 de mayo y el Almirante Brown, los cuales fueron sorprendidos por un temporal, a 200 millas de Cabo Polonio, sobre la costa uruguaya. Los tres buques, de características muy diferentes, se separaron y la cazatorpedera naufragó.

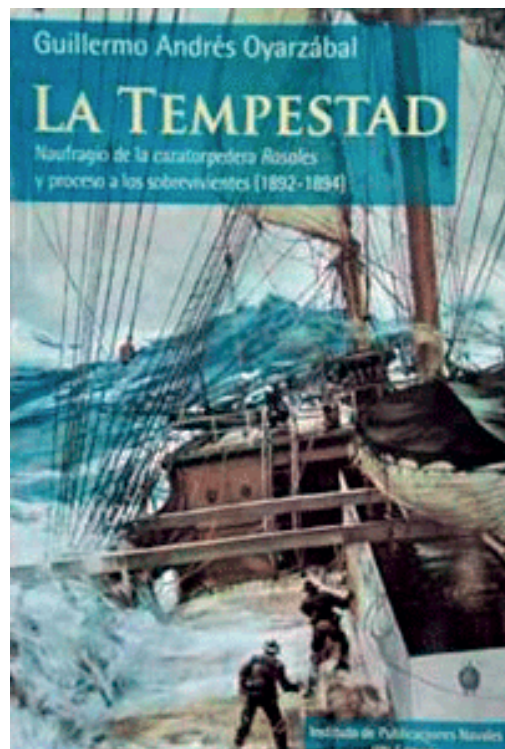
Como en esa época no había conciencia de la necesidad de contar con botes salvavidas para todos, se armó una balsa. Las personas a bordo se embarcaron, entonces, en algunos pequeños botes, dos lanchas de almirantazgo y en la balsa armada durante el naufragio. Solo llegó a tierra la lancha donde estaban embarcados los oficiales y una pequeña parte de la tripulación.

Luego de ser rescatados en la Costa del Diablo, en proximidades del Faro Polonio, llegaron con todos los honores al Puerto de Montevideo. De allí, se trasladaron a Buenos Aires, donde fueron recibidos por altas personalidades del gobierno.

Sin embargo, a una semana del naufragio, apareció en el diario La Nación una nota con el testimonio de un marinero que decía haber pertenecido a la tripulación de La Rosales en la que contaba que los oficiales se habían salvado atacando a punta de pistola y a hachazos a la tripulación, que encerraron en las bodegas del buque.

El proceso que se siguió a los sobrevivientes fue muy largo -terminó en 1894- y además de todo lo que se fue evidenciando y desnudando durante el transcurso del mismo, también tuvieron lugar una serie de cambios en la justicia militar argentina que, todavía en 1892, se regía por las ordenanzas de Carlos III del siglo XVIII.

El comandante Funes resultó condenado a un año de pérdida de empleo, aunque el fiscal Lowry había pedido la pena de muerte para él. Lowry era un hombre muy duro y se le atribuían un número significativo de acusaciones por abuso de autoridad. En mi opinión, Lowry condenaba a los débiles y Funes se había comportado como un hombre



débil frente a la situación que le había tocado afrontar. Eso fue algo que Lowry no le perdonó.

Con referencia a las fuentes de esta obra, trabajé con todos los diarios de la época, la bibliografía existente sobre el tema y el sumario completo que se encuentra en el archivo del Departamento de Estudios Históricos Navales.

La versión del joven marinero de 19 años que fue parte de la tripulación es fácil de desmentir porque se descubrió y se demostró con toda claridad que su relato era una historia fantasiosa contada a sus compañeros.

Más allá de eso, lo que queda al descubierto, a partir del naufragio, son muchas falencias en la marina de la época, en la conducta de oficiales y comandantes en una circunstancia crítica y diversos problemas en el funcionamiento de la justicia en aquel momento.

Asimismo, la Escuela de Oficiales de la Armada está trabajando sobre este libro en las clases de conducción y de toma de decisiones ante situaciones de esta naturaleza.



Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Medalla al doctor Edberto Oscar Acevedo por sus cuarenta años de académico

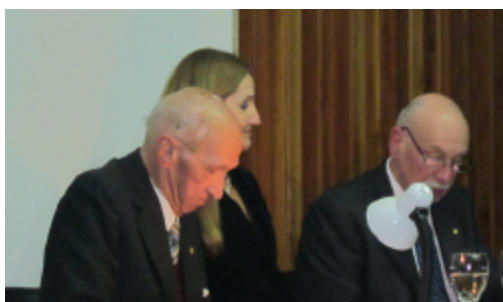
El 20 de mayo se realizó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, un acto académico organizado por la Academia Nacional de la Historia y esa casa de estudios durante la cual el doctor Edberto Oscar Acevedo recibió una medalla de oro con motivo de haber cumplido cuarenta años como miembro de número de nuestra institución.

Abrió el acto la decana de la Facultad, profesora especializada Adriana García, quien destacó la actuación del doctor Acevedo como profesor de la casa y formador de investigadores. Puso especial énfasis en subrayar este último aspecto y en manifestar que una prueba del afecto y reconocimiento alcanzado por el académico, era la presencia de un núcleo destacado de historiadores reconocidos que habían querido acompañarlo como testimonio de gratitud por sus enseñanzas.

Posteriormente, habló el presidente de la Academia, doctor Miguel Ángel De Marco, que transmitió los saludos de los colegas y remarcó los principales hitos de la actuación del doctor Acevedo en la Academia, tanto en las labores del plenario como a través de libros que llevan el sello de la entidad y de artículos eruditos publicados en el Boletín y en Investigaciones y Ensayos.

Finalmente, el doctor Acevedo hizo una cálida evocación de sus cuarenta años de académico, recordó a eminentes historiadores que habían pertenecido a la institución y manifestó su gratitud por el homenaje de que fue objeto y por la circunstancia de que el presidente hubiera viajado a Mendoza ante su imposibilidad actual de viajar a Buenos Aires.

El acto fue propicio para la presentación en Mendoza del tomo IV de las Actas del Cabildo de Mendoza, publicadas por la Academia, volumen cuya edición estuvo a cargo del homenajeado, quien se refirió a su contenido y manifestó su esperanza de que en el futuro se editaran los tomos de dichos documentos hasta Mayo de 1810. Por último se ofreció un brindis de honor.





Academia Nacional de la Historia de la República Argentina

Sesión Pública del 14 de Mayo: Homenaje a la Asamblea del Año XIII

El martes 14 de mayo, se realizó en la Academia Nacional de la Historia una sesión homenaje a la Asamblea del Año XIII. La apertura del acto estuvo a cargo del Presidente, Dr. Miguel Ángel De Marco. A continuación disertó el Académico de Número Dr. José Eduardo de Carasobre: "Conmemoración del Bicentenario de la Asamblea del Año XIII".

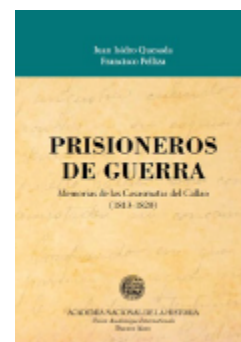


Novedades Editoriales

Reciente publicación

Juan Isidro Quesada - Francisco Pelliza, "Prisioneros de Guerra", Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2013, pp. 130.

A raíz de su correspondencia con su contemporáneo el general Jerónimo Espejo, el coronel Juan Isidro Quesada decidió ordenar y poner por escrito sus memorias de juventud sobre su larga prisión en las Casamatas de la fortaleza realista de El Callao. También requirió los recuerdos de su amigo el mayor Pelliza, quien se los remitió y se conservaron en su archivo. Ambos textos, principalmente el más extenso de Quesada, constituyen unas de las muy escasas narraciones sobre la vida de los militares patriotas que vivieron la pesadilla de las cárceles militares de aquella época. Su relato no se limita a la vida en aquella prisión sino que cuenta en detalle su traslado, desde el momento en que fue hecho prisionero en el Alto Perú, hasta su llegada a El Callao. Pese a vestir el uniforme de oficial, Quesada era apenas un adolescente, en cuya mente se grabaron para siempre detalles muy puntuales de las situaciones que atravesó, lo que da más color a sus memorias, que Pelliza complementa muy útilmente.



"Investigaciones y Ensayos (enero – diciembre 2010)", Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2010, pp. 632.

Investigaciones y Ensayos es la publicación periódica de la Academia Nacional de la Historia. Las colaboraciones se reciben hasta el día 30 de septiembre de cada año.

El número 59 cuenta con las contribuciones de: Adriana M. Alzate Echeverri, Samuel Amaral, Néstor T. Auza, Fernando E. Barba, Claudio Belini, Juan José Benavides Martínez, Luis María Caterina, Alejandro A. Damiánovich, Alberto del Pino Menck, Enrique R. Dick, María del Carmen Ferreyra, José María Mariluz Urquijo, Carlos A. Page, Hebe C. Pelosi, María Cecilia Páez, Rodolfo A. Raffino, Marco Giovanetti, Paola S. Ramundo, Marcelo Rougier, Hernán A. Silva y Marcelo Summo.



Próxima aparición

-David Angus. "Andanzas por cuyo, correspondencia y diarios (1886-1887)".